

---

Comentario a Nahuel Roldán: *Nunca la vi llorar. Una transa entre la calle y el afteroffice*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2024.

DELITO  
*y sociedad*  
Revista de Ciencias Sociales

 Jack Katz

Departamento de Sociología, Universidad de California,  
Estados Unidos  
jackkatz@soc.ucla.edu

### Delito y Sociedad

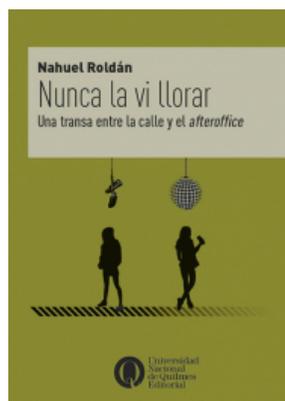
núm. 58, e0130, 2024

Universidad Nacional del Litoral, Argentina

ISSN: 0328-0101

ISSN-E: 2362-3306

delitoysociedad@unl.edu.ar



Roldán Nahuel. *Nunca la vi llorar. Una transa entre la calle y el afteroffice*. 2024. Argentina. Universidad Nacional de Quilmes. 160pp.. 978-987-558-934-6

Recepción: 15 octubre 2024

Aprobación: 11 noviembre 2024

DOI: <https://doi.org/10.14409/dys.2024.58.e0130>

¿Qué aprendemos leyendo esta etnografía? No hay mucho sobre el impacto causal de los factores de fondo y el tráfico de drogas, que es el enfoque explicativo habitual. Podríamos pensar que distintas personas, con distintos antecedentes familiares, vecinales y étnicos/raciales/inmigrantes, trafican con drogas de contrabando en la calle y en los círculos del «jet set». Pero aquí se trata de la misma persona. Keka operó durante unos veinte años como traficante callejera. Y luego, utilizando su segundo nombre, Lupe, operó durante unos años como traficante vendiendo a los hijos adultos de familias acomodadas y poderosas, empresarios y políticos.

Lo que sí aprendemos es a dar la vuelta a las proposiciones habituales: vemos el impacto de los niveles «callejero» y «de alta sociedad» del tráfico de drogas en el vecindario del traficante, en sus relaciones sociales íntimas e incluso en su personalidad. Cuando Keka se convierte en Lupe, cambia el lugar donde vive, con quién se relaciona y cómo gana dinero vendiendo cocaína. Esto supone un cambio en el mundo social. Al adaptarse a sus nuevas circunstancias, cambia sus aparentes cualidades personales como mujer.

Nahuel utiliza varios conceptos para examinar la transformación de su sujeto, entre ellos el de *portfolio*. Para los sociólogos, el concepto de *portfolio* puede abrir una apreciación de lo que podría denominarse *fenomenología económica*. La idea central es que prácticamente todo el mundo, en todas las etapas de la vida y en todas las sociedades, «realiza» algunas actividades para mantenerse materialmente, trabajando o prestando servicios que le aportan, de forma más o menos directa, dinero o ayuda en especie. Incluso los niños pequeños pueden, si se portan mal, ser enviados a la cama sin cenar. Al mismo tiempo, prácticamente todo el mundo «tiene» algunas relaciones sociales que le aportan dinero o apoyo de forma más pasiva. En el sentido tradicional de los *portfolios* financieros, la gente tiene acciones, bonos y bienes inmuebles, que obtienen pasivamente dividendos, intereses o rentas, y cuyo valor aumenta o disminuye independientemente de las atenciones de sus propietarios. Para obtener beneficios de los activos que uno posee, el individuo puede no tener que hacer más que decidir vender, y ahora incluso las órdenes de compra y venta pueden ser ejecutadas pasivamente por programas informáticos que interactúan dinámicamente con los mercados.

El disfrute pasivo del apoyo material de las inversiones financieras se experimenta de forma similar al apoyo que las personas disfrutan de diversas relaciones sociales continuas. El concepto de *portfolio* puede ampliarse para abarcar todos los soportes materiales que las personas entienden que tienen. Entre ellas se incluyen las relaciones con compañeros y familiares que conllevan un apoyo material continuo por parte de éstos.

El *portfolio* de una persona consiste en el apoyo material que ha recibido de lo que hace y de lo que tiene. Las partes «hacer» y «tener» del propio *portfolio* no deben entenderse como mutuamente excluyentes. Se trata más bien de un círculo de apoyo, en el que el segmento «tener» del círculo se desvanece en la fase «hacer», y el «hacer» se desvanece en la fase «tener», o, en términos experienciales, lo que es primario y lo que es secundario en la conciencia. Si lo que uno hace para ganar dinero es trabajar en un empleo: el empleado suele pensar en «tener» un empleo. Los gobiernos occidentales del siglo XX convirtieron cada vez más el hecho de «hacer» un trabajo en «tener» un trabajo, poniendo límites legales a la discrecionalidad de los empresarios, añadiendo protecciones contra la contratación arbitraria, mínimos salariales, la obtención de derechos a pensiones, etc. Realizar un trabajo por horas o asalariado desencadena obligaciones gubernamentales en materia de prestaciones sociales, médicas y de jubilación que se acumulan de forma pasiva. Con el tiempo, en determinadas relaciones empleado-empleador, incluso los empleados a los que se paga la pieza producida o por horas suelen llegar a entender que, por defecto, el empleado «tiene un trabajo». Incluso sin una promesa diaria del empresario, el empleado entiende que, a menos que se le notifique con antelación, mañana habrá un puesto esperándolo cuando se presente a trabajar. Recíprocamente, los apoyos financieros o materiales de que se dispone exigen algunas tareas de mantenimiento. Si nunca se comprueban las inversiones, es posible que los agentes de inversión las hayan

desplazado fuera de su alcance. Incluso en el caso de las relaciones familiares aparentemente in-erradicables, se necesita cierta actividad para mantenerlas vivas y solidarias. Si, por ejemplo, uno no mantiene viva la comunicación, no celebra cumpleaños, nacimientos, defunciones y otros acontecimientos de la vida, y no ve a los miembros de la familia de vez en cuando, puede encontrarse con que, cuando se produce una crisis y se pide ayuda a los familiares, uno ya no tiene lo que los sociólogos han denominado románticamente lazos primordiales.

La transformación biográfica de Keka/Lupe de traficante callejera a traficante de la alta sociedad nos permite darnos cuenta de la utilidad del análisis de *portfolio*. Como traficante callejera, o «transa», sus ingresos dependían de una serie de relaciones que experimentaba de forma pasiva. Se trataba de relaciones que entabló de forma incidental, independientemente de cualquier plan estratégico para utilizarlas con el fin de ganar dinero. Eran relaciones que tenía «naturalmente». Al crecer en la zona de Villaverde, y en la familia que la adoptó, desarrolló relaciones con otros niños de la familia, con compañeros de colegio, con vecinos y con personas relacionadas con otros jóvenes de la familia, compañeros de colegio y vecinos. Cuando empezó a actuar como «transa», recurrió a estas relaciones de diversas maneras. No tuvo que trabajar para conseguirlas. No hizo propaganda para buscar socios a los que pudiera contratar. Se apoyó en las relaciones que ya tenía para abastecerse de cocaína, obtener protección de la policía, conseguir que alguien cuidara de sus hijos cuando ella estaba preocupada por el trabajo, encontrar un guardaespaldas y, tras una primera etapa en la que vendía directamente a los clientes, reclutar a personas para que distribuyeran la droga a desconocidos en lugares públicos.

Pero si Keka experimentaba estas relaciones de apoyo como recursos sociales de los que disponía de forma natural, también comprendía que era necesario mantenerlas de forma activa. El hacer o el comportamiento compensatorio activo que sostiene las relaciones de apoyo pasivo suelen ser indirectos, percibidos *sotto voce*, enmascarados en las interacciones cotidianas por el tejido de la cultura del parentesco y la amistad. Las acciones secundarias, de fondo, que sostienen las relaciones de apoyo que uno tiene son como los procesos de intercambio en lo que se experimenta como una relación de regalo. En las relaciones que experimentamos como de mercado, contractuales, limitadas al intercambio, lo que hace cada parte para hacer el trato es relativamente directo, previsible en el momento del intercambio, explícito en lo que se mueve en cada dirección del intercambio, en comparación con lo que hacemos para mantener las relaciones que experimentamos como de apoyo pasivo. En la mayoría de las relaciones íntimas de pareja hay reciprocidad, pero el romanticismo se desvanece rápidamente si la reciprocidad se vive como «pagar con la misma moneda». Del mismo modo, existe reciprocidad en las relaciones de regalo, pero a través de procesos que, en su temporalidad y en la sustancia de lo que se proporciona en el intercambio, tienen un cierto grado de imprevisibilidad. Así, si es previsible que lleves una botella de vino cuando te inviten a cenar a una casa de clase media, dejará de funcionar como «regalo» si todo el mundo se da cuenta de que estás traspasando el control sobre la misma botella que los anfitriones te dieron cuando los invitaste a tu casa.

Keka tuvo que realizar diversas actividades para seguir manteniendo las relaciones que vivía cada día como un apoyo pasivo. Nahuel describe cómo Keka utilizaba su casa, un recurso de capital que poseía en su totalidad, para actividades sociales que le permitían relacionarse continuamente con personas que distribuían para ella. Significativamente, Keka tardó mucho en invitar a Nahuel a pasar de su lugar habitual de conversación en el porche a su casa para tomar mate. Cuando su proveedor amenazó sus relaciones con los vecinos, que conocían su tráfico de drogas y fácilmente podrían haberle causado problemas, comprendió que debía reforzar la relación charlando con ellos. Y para mantener su posición de mujer vendedora de drogas que dirigía una red de distribución, se forjó una dureza de personalidad que, según creía, la protegía de ladrones y competidores celosos. Hizo lo imposible por mantener el negocio y conservar lo que tenía.

Como Lupe, la misma mujer desarrolló una presentación muy diferente de sí misma, que podemos resumir como «personalidad». Gracias a una amiga que había hecho en Villaverde, donde conocía a gente de muy diversa condición social, aceptó un trabajo a unos 15 kilómetros, en una tienda de ropa de moda. El atractivo de hacer el trabajo de vendedora en una tienda de ropa no era tanto por el flujo de ingresos que le reportaba como empleada, ni por las prestaciones sociales y de jubilación que acompañaban al empleo. Estos apoyos pasivos gubernamentales fueron, en relación con su vida como Keka, adquisiciones novedosas. El trabajo de vendedora le aportó de paso relaciones con la propietaria y las compañeras de trabajo, cuyo principal apoyo económico procedía de sus relaciones en el hogar. Querían trabajar, no para el sustento material, sino para vivir una vida más colorida y emocionante. Lupe no heredó ni tuvo estas relaciones desde su nacimiento. Tuvo que realizar trabajos de servicio remunerados con regularidad para labrarse nuevas amistades que serían fundamentales para vender cocaína a una clientela de alto estatus. El resultado de su nuevo portafolio de tenencias y acciones era una personalidad más femenina, más suave, más fashion, más atractiva, más seductora.

Gracias a una relación que mantenía con una compañera de trabajo, consiguió acceso a un departamento, que se convirtió en un recurso para organizar fiestas. Al tener el departamento, podía invertir en acondicionarlo para que se convirtiera en un lugar atractivo para fiestas que atrajeran a gente adinerada. La venta de cocaína se convirtió en algo accesorio a su vida social en esas fiestas y en los clubes, restaurantes y discotecas a los que la llevaban sus amigos. Lo hizo siendo Lupe y las ventas siguieron.

Como descubrió, vender cocaína en los círculos de la alta sociedad es un tipo de trabajo muy distinto al del tráfico callejero. Como Lupe disfrutaba pasivamente de una serie de ventajas y recursos que, en la jerga de los vendedores estadounidenses, «vienen con el territorio». Estaba protegida de la intervención policial no por medidas activas, como sobornos, ni siquiera por vínculos personales. Incluso cuando se presentó la policía, hizo la vista gorda ante las pruebas de consumo de cocaína. Parte de su aislamiento de las fuerzas del orden puede deberse a la deferencia de la policía hacia las familias ricas y políticamente poderosas en la época histórica y el lugar geopolítico del estudio de Nahuel. Pero la protección de que gozan los traficantes de cocaína de los ricos se disfruta de forma más general y continua gracias a lo que Arthur Stinchcombe llamó hace tiempo «instituciones de la intimidad». En las sociedades no totalitarias, y como parte de lo que define a una sociedad democrática libre, la policía necesita una orden especial para invadir espacios privados. Los mercados de droga abiertos, o las ventas callejeras que pueden ser presenciadas por transeúntes extraños, dan a la policía motivos inmediatos para detenciones e investigaciones personalmente invasivas. No necesitan redactar primero una orden y obtener la autorización de un juez. Pero cuando la gente compra cocaína en fiestas en domicilios particulares, dentro de bares, en hoteles o en los baños de restaurantes, la policía debe desarrollar primero una base probatoria para intervenir, ya sea «convirtiendo» a otras personas que ha atrapado o realizando investigaciones encubiertas. Si la policía en la calle puede decidir en un instante responder a «circunstancias sospechosas» con preguntas invasivas y registros corporales, las intervenciones policiales en espacios privados requieren legalmente órdenes judiciales específicas, y éstas por ley deben basarse en un trabajo de investigación previo y costoso a cargo de personal especializado. Keka tuvo que mantener buenas relaciones con su hermano adoptivo, policía, para disfrutar de la protección de las fuerzas del orden. Como Lupe, operaba dentro del muro de protección de la propiedad privada frente a intervenciones policiales externas, disfrutando pasivamente de «instituciones de intimidad».

Para distribuir cocaína, Lupe no necesitaba reclutar empleados, como había hecho cuando trabajaba como Keka. Las personas a las que vendía cocaína mantenían relaciones continuas con otras a las que vendían. Lupe no tuvo que crear ni mantener una red de proveedores. Irónicamente, cuando ascendió en la escala social y se convirtió en Lupe, descendió de la posición jerárquica desde la que, como Keka, distribuía drogas a través de vendedores callejeros supervisados. Como Lupe, aprovechó las jerarquías existentes antes de que ella llegara a la escena y que se mantenían sin su participación. Trataba directamente con miembros de la alta sociedad, que distribuían la cocaína que ella suministraba dentro de las jerarquías de sus círculos de amistades, a través de encargados de hotel, conserjes, representantes de equipos de fútbol, gerentes de clubes nocturnos y conductores de limusinas, hasta llegar a los consumidores finales. La cocaína recorrió un camino social corto y descendente desde Lupe hasta los consumidores finales. Desde Keka, la cocaína recorrió un camino social más largo y variado. Mientras su producto de cocaína viajaba por la red social de distribución, a través, hacia abajo y hacia arriba en el estatus social, Lupe disfrutaba pasivamente del paraguas protector que cubría a muchos de los que en las sombras del trasfondo del trabajo de servicio contribuyen a la vida de ocio de la élite socioeconómica.

La cultura en la que vivía como Lupe resonaba con cotilleos, brillaba con prestigio, parpadeaba con glamour, todo ello creando un escalofrío general generado por los bordes sólo parcialmente visibles de mundos sociales estratificados. Lupe podía ganar dinero sumergiéndose en el seductor atractivo de una vida de entretenimiento hedonista en los estratos altos. Ganaba mucho más que como Keka, pero utilizando un departamento que alquilaba, en lugar de una casa de su propiedad; interactuando con los demás como pares en lugar de como subordinados; y confiando en las maquinaciones de las redes sociales que encontró ya establecidas y operativas. Como un conserje en hoteles de 5 estrellas, camareros y *maitre d'* en restaurantes de lujo; compañeros, amantes y plomos que trabajan para músicos; estilistas, agentes de actores, managers de modelos, proveedores de catering y organizadores de fiestas; contratistas de locales, relaciones públicas y empleados de marketing de equipos deportivos, Lupe daba una apariencia que encajaba y adoptaba los aires de los círculos de élite mientras los abastecía de cocaína.

Hay mucho más de valor en esta biografía de Keka/Lupe, y en la historia de Nahuel sobre su relación con ella, que las meras ilustraciones del concepto de *portfolio*. Para apreciar la importancia social de los mercados de drogas de contrabando, necesitamos docenas de estudios adicionales que describan cómo la cocaína entra, se distribuye y se consume detrás de las instituciones de privacidad. Las instituciones de privacidad distorsionan lo que el público ve sobre el funcionamiento de los mercados de contrabando. En consecuencia, las políticas gubernamentales en materia de drogas de contrabando se basan casi siempre, en casi todas partes, en una visión miope. Lo que resulta visible para el público es un mercado de contrabando callejero plagado de violencia, que a su vez atrae aún más la atención pública hacia las «drogas» como algo socialmente destructivo. Pocos gobiernos han podido resistirse a responder a la sociología distorsionada de la cultura popular con una represión sistemáticamente desigual.

Una pregunta importante que podemos plantear a cualquier texto etnográfico tiene carácter de prueba de garantía. Suponiendo que los hechos sean ciertos, ¿para qué necesitamos esta información? Nahuel tiene quizá la respuesta más contundente que puede dar un etnógrafo: su trabajo de campo. Su estudio de la misma mujer cuando era traficante de cocaína a nivel callejero y más tarde cuando se convirtió en traficante dentro de un conjunto social acomodado es único. El valor del estudio radica en los años de amistad sostenida del autor con Keka/Lupe. Pocos investigadores mantienen relaciones con vendedores de droga durante tanto tiempo, y menos aún mantienen relaciones en tiempo real con alguien mientras experimenta una transformación tan radical.

También está el atractivo dramático de este libro, que se lee como una narración impactante. Esta biografía de una traficante de cocaína acaba en una cruel ironía en la que la dura vida pasada de Lupe como Keka la alcanza y socava su transformación en una versión más refinada, suave y femenina de sí misma. La dureza que se convirtió en una cuestión de supervivencia como Keka estalla inesperadamente en un momento imprevisto, con consecuencias desastrosas. Para saber cómo, el lector se verá recompensado si lee este libro hasta el final.

# AmeliCA

## Disponible en:

<https://portal.amelica.org/ameli/journal/284/2845181010/2845181010.pdf>

Cómo citar el artículo

Número completo

Más información del artículo

Página de la revista en [portal.amelica.org](http://portal.amelica.org)

AmeliCA

Ciencia Abierta para el Bien Común

Jack Katz

Comentario a Nahuel Roldán: *Nunca la vi llorar. Una transa entre la calle y el afteroffice*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2024.

*Delito y Sociedad*

núm. 58, e0130, 2024

Universidad Nacional del Litoral, Argentina

[delitoysociedad@unl.edu.ar](mailto:delitoysociedad@unl.edu.ar)

**ISSN:** 0328-0101

**ISSN-E:** 2362-3306

**DOI:** <https://doi.org/10.14409/dys.2024.58.e0130>



**CC BY-NC-SA 4.0 LEGAL CODE**

**Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.**